ANIMACIÓN BÍBLICA DE LA PASTORAL
Arquidiócesis de Yucatán
EVANGELIO DEL DÍA
SÁBADO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO
26 de septiembre de 2020

San Lucas: 9, 43b–45

En aquel tiempo, [43b]como todos comentaban, admirados, los prodigios que Jesús hacía, éste dijo a sus discípulos: [44]"Presten mucha atención a lo que les voy a decir: El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres".
[45]Pero ellos no entendieron estas palabras, pues un velo les ocultaba su sentido y se las volvía incomprensibles. Y tenían miedo de preguntarle acerca de este asunto.

PAUTAS PARA TU REFLEXÍON

I. ¿QUÉ DICE EL TEXTO?

Tras la curación milagrosa de un niño, de quien expulsó a un demonio, la gente queda asombrada de los prodigios que Jesús hacía (9, 43a). Sin embargo, cuando comienza a decir a sus discípulos que iba a ser entregado en manos de los hombres (v. 44), la imagen del profeta poderoso en palabras y obras que los había cautivado comienza a desvanecerse. Les resultaba imposible entender su lenguaje y les daba miedo preguntarle (v. 45).

Jesús repite el anuncio de su pasión y, aunque esta vez no habla de su resurrección, se aplica de nuevo a sí mismo el título de "Hijo del Hombre", que lo proyecta como Señor y Juez del universo. Los discípulos no entendían estas palabras; les resultaban tan oscuras que no captaban su sentido. Tampoco se atrevían a preguntar. En un contexto más amplio, los evangelistas nos describen los motivos de esta dificultad: los seguidores de Jesús tenían la expectativa de un mesías político, alguien que recuperara la soberanía que el pueblo había perdido frente a sucesivas potencias extranjeras. La cruz no entraba en sus planes.

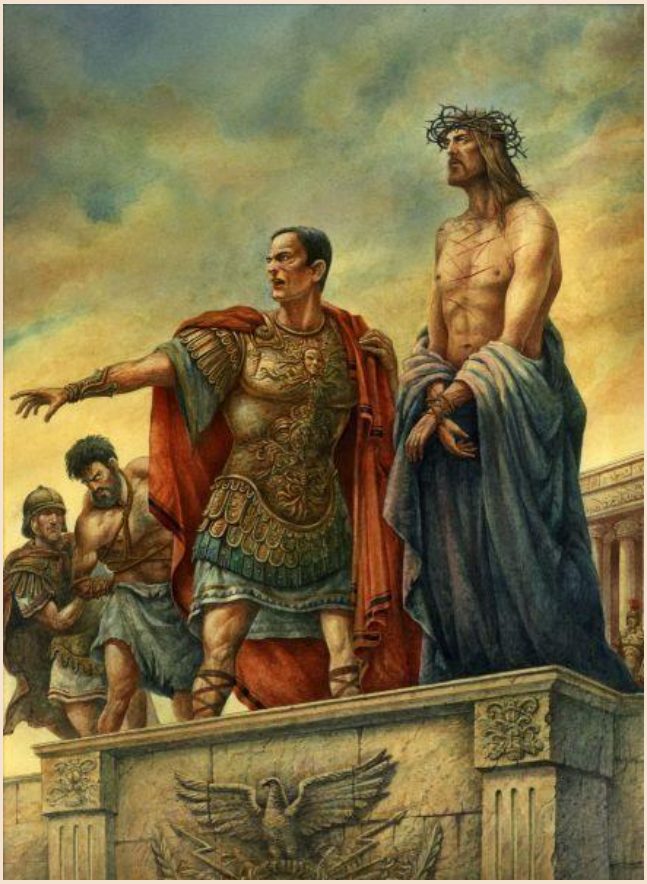
Con estas expectativas, los prodigios realizados por Jesús suscitan admiración y generan entusiasmo. No así el servicio humilde y la entrega a la muerte para salvar a los hombres; eso es difícil de entender y de aceptar. El texto del evangelio de hoy me recuerda aquel poema de Antonio Machado, bien intencionado, pero tristemente limitado, que dice así:

¡Oh, no eres tú mi cantar!
¡No puedo cantar, ni quiero
a ese Jesús del madero,
sino al que anduvo en el mar!

Seguir a Jesús exige liberarnos de la tendencia a encerrarlo en nuestras expectativas personales, siempre limitadas. Implica asumir su camino, que pasa a través de la cruz y la entrega. Como tuvieron ocasión de experimentar aquellos mismos apóstoles que ahora no le entienden, pero que después de la Resurrección y con el don del Espíritu Santo, estarán dispuestos a pasar por lo que sea, incluso hasta la muerte, para dar testimonio de Jesús.

Algunos autores que han estudiado la antropología de la vocación cristiana señalan dos componentes esenciales en la vida del discípulo: la experiencia y el costo del discipulado. La primera se refiere a los aspectos atractivos de la propuesta de Jesús que

se traducen en vivencias gratificantes para el discípulo: el amor, la fraternidad, la sanación, sus prodigios (los misterios gozosos y gloriosos). El segundo integra a esta experiencia la dimensión de la renuncia simbolizada con la cruz: la renuncia al egoísmo, la disponibilidad para el servicio, la entrega generosa de la vida, el perdón, la misericordia. A mayor madurez de la persona hay mayor disponibilidad para integrar el costo del discipulado.



II. ¿QUÉ ME DICE EL TEXTO?

1. ¿He logrado integrar en mi fe en Jesucristo la dimensión de su entrega en la cruz con su resurrección y su gloria?

2. ¿Acepto que el seguimiento de Jesús ofrece experiencias gratificantes, pero también exige renuncia y generosidad?

3. ¿He tenido miedo de que Jesús me pida algo que no estoy dispuesto a dar?

III. ¿QUÉ ME HACE DECIR A DIOS EL TEXTO?

Brazos rígidos y yertos, / por dos garfios traspasados, que aquí estáis, por mis pecados, / para recibirme abiertos, para esperarme clavados.

Cuerpo llagado de amores, / yo te adoro y yo te sigo; yo, Señor de los señores, / quiero partir tus dolores subiendo a la cruz contigo.

Quiero en la vida seguirte / y por sus caminos irte alabando y bendiciendo, / y bendecirte sufriendo y muriendo bendecirte.

Que no ame la poquedad / de cosas que van y vienen; que adore la austeridad / de estos sentires que tienen sabores de eternidad;

que sienta una dulce herida / de ansia de amor desmedida; que ame tu ciencia y tu luz; / que vaya, en fin, por la vida como tú estás en la cruz:

de sangre los pies cubiertos, / llagadas de amor las manos, los ojos al mundo muertos / y los dos brazos abiertos para todos mis hermanos. Amén.

(Liturgia de las Horas. Himno del Laudes. Viernes Santo).

P.J.E.L.

ARQUIDIÓCESIS DE YUCATÁN